

Estás en: **EL AUDITORIO DEL** Centro Niemeyer

Caracola de mar y música

12.11.13 - 17:42 -
Ramón Avello |

El auditorio está pensando para música de cámara y sinfónica y conciertos multitudinarios

Enviar



Su capacidad, para 980 personas, se multiplica hasta las 10.000 gracias a una pared móvil que abre el escenario por detrás a la plaza central

Desde fuera y por una de esas asociaciones inconscientes, el auditorio del Centro Niemeyer recuerda vagamente a un fósil con forma de caracola marina, redondeada y emblanquecida durante siglos por la acción del sol y del agua.

No sería extraño encontrar en la ribera de la ría de Avilés o en las 'bolas' o piedras de las playas vecinas formas similares.

En una concha, las líneas rectas son escasísimas y excepcionales, lo mismo que sucede con toda la arquitectura de Oscar Niemeyer. La línea ondulada está en la raíz de la arquitectura de Niemeyer no sólo por una cuestión estética, sino por un fundamento ético y vital según el cual la curva simbolizaría algo así como un abrazo entre personas. Pero además de esa evidencia de la curva, nos encontramos en la obra de Niemeyer con una relación entre arquitectura, escultura y naturaleza. Por ejemplo, el auditorio que proyectó en la villa italiana de Ravello, en la costa Amalfitana sobre el golfo de Salerno, evoca una gruta y la puerta del auditorio de Ibirapuera, en Sao Paulo, nos recuerda una lengua saliendo de la boca. Pues bien, el auditorio de Avilés es como el fósil de una concha marina encontrada junto a la ría.

El edificio está planteado para conciertos sinfónicos, música de cámara y, por la abertura hacia la plaza, conciertos masivos con música amplificada al aire libre. Al carecer de foso, la música escénica –ópera o zarzuela– no encontraría aquí el espacio adecuado, lo cual es un acierto, porque para ello en Avilés ya existe un coqueto teatro, el Palacio Valdés.

De su acústica se ha encargado el físico Higinio Arau, uno de los mayores expertos en acústica arquitectónica de Europa. Para que la reverberación sea la justa, y que en todas las butacas se escuche exactamente Higual, Arau, autor de un curioso libro titulado 'El ABC de la acústica arquitectónica', solo cuenta con las superficies onduladas de techos y paredes. No tiene ni palcos, ni cortinas que puedan modificar nada.

Al auditorio se accede por dos puertas curvas, situadas a la derecha y a la izquierda de la cabecera de entrada. Hay una intencionada omisión de una entrada central que jerarquize el espacio. Las entradas va a dar a pasillos sinuosos que conducen y ascienden a una sorprendente y amplia gruta: el interior del auditorio, delimitado en dos espacios: la platea y el escenario.

En la platea no hay palcos ni vistas preferentes. Las 980 butacas poseen prácticamente, pese a la situación en los laterales de algunas de ellas, la misma visión sobre el escenario. Al margen de las dimensiones –80 metros de ancho; 75 de largo; 26 de altura – lo más sorprendente es que desde el patio de butacas el escenario parece enorme y cercano; a la inversa, desde el espacio del escenario, las butacas más lejanas parece que están al alcance de la mano. Ese efecto óptico de proximidad entre gradas y escena es una de las dos características más sorprendentes del auditorio.

La otra, la segunda, es la posibilidad de abertura del escenario hacia la plaza y otras dependencias del Centro Niemeyer. El escenario, al igual que en el proyecto Puerto Música que el arquitecto está realizando en Argentina, no se cierra en el muro del auditorio, sino que se abre hacia la plaza central, para dar cabida a espectáculos masivos dirigidos a miles de espectadores. Así, el escenario cambia de orientación, para convertirse en una especie de palco orientado a la ría y a la ciudad. Y todo dentro de una concha marina.